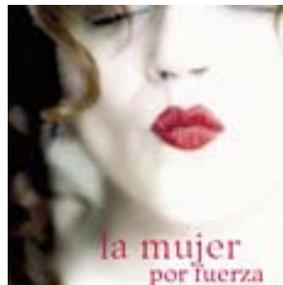


LA MUJER POR FUERZA



atribuida a

Tirso de Molina

versión libre en verso y prosa de

José María Ruano de la Haza

© José María Ruano de la Haza 2007

La mujer por fuerza

fue estrenada en el

Corral de Comedias de Alcalá de Henares

el 7 de marzo de 2008

con el siguiente reparto:

Finea Beatriz Ortega
El Conde Federico..... José Bustos
Clarín Juan Carlos Arráez
Florela Alicia González
Fenisa Vanessa Rasero
Alberto Alex Tormo
El Rey de Nápoles..... Jaro
Marqués Ludovico Alex Tormo

Dirección..... José Maya

JORNADA PRIMERA

Escena I

(Fabio, Finea, Alberto, Conde)

Salen Finea, dama, y Fabio, su criado.

Fabio Mira que es poca prudencia...

Finea ¡Qué poco sabes de amor!

Fabio ¿De hombre que nunca te vio?

Finea No, por más que lo intenté;
porque mi hermano temió
lo que, guardándome, fue.

Él procuraba esconder
lo que me dio más lugar
y, al fin, me vine a perder;
que mal se pueden guardar
los ojos de una mujer.

Mas ¿dónde hallaré razones
para pintar mi afición,
mi inquietud y mis pasiones?
Que, en habiendo prevención,
es todo amor invenciones.

Sueño y sustento perdí
y, al fin, me determiné
a seguirle; y como en ti
mis esperanzas fundé,
cuenta de mi error te di.

Yo pienso mudar el traje,
sin que me obligue y reporte
la afrenta de mi linaje;

ver de Nápoles la Corte
y en ella servir de paje.

No repliques, cierra el labio
si me vas a reprender;
porque en resistiendo, Fabio,
la furia de una mujer
dará en el mayor agravio.

Fabio ¿Y yo tengo de acompañarte?

Finea Por eso te informé de mi atrevimiento. Pero ellos salen. ¡Yo me voy!
¡Espérame aquí!

Vase Finea. Salen Alberto y el Conde Federico.

Alberto Aunque el Rey me fio vuestro regalo, ni os he servido ni le habéis tenido.

Conde Ya quisiera yo poder regalaros en mi ciudad de Nápoles como vos me habéis regalado a mí en Hungría. He sabido también que tenéis una hermana. Sólo me ha faltado el placer de verla; que de haberla visto, os aseguro, Alberto, que volviera a Nápoles casado.

Alberto Finea... vive retirada y... por esta causa no la habéis visto. Pero... por lo que decís del casamiento, bésoos las manos.

Conde Digo lo que es justo.

Alberto Fue gran honra para mí servirlos.

Conde Os escribiré en llegando.

Alberto El cielo os guarde. Quiero acompañaros.

Forcejean para ver quién debe salir primero.

Conde Si lo hacéis, volveréme con vos.

Alberto Mirad que es tarde.

Conde No pasaréis de aquí.

Alberto Serviros quiero.

Conde Alberto, adiós.

Vase el Conde.

Alberto ¡Qué honrado caballero!

Fabio Todos en tu casa le alaban y deja a tus criados llenos de regalos.

Alberto Así pagan los buenos la posada.

Fabio Mi señora Finea, tu hermana, estuviera bien casada con tal hombre.

Alberto No quise que la viese porque no la sirviese por obligación; que pudieran seguir inconvenientes de haberle dado las joyas que corresponden a una persona como mi hermana. ¡Conozco bien la nobleza de Nápoles!

Fabio Pero, ¿qué mayor dicha, si él quisiese que fuerais parientes?

Alberto Si él el paso allana, yo vendré en ello.

Fabio Escríbele.

Alberto Primero me ha de escribir él. Si éstas fueron sólo palabras de cumplimiento, porque en mi casa le he regalado, no es justo que le obligue a casarse con mi hermana. ¡Ni todo huésped agradecido ha de volver casado a su país! Las cartas nos dirán sus intenciones.

Escena II

(Conde, Clarín, Finea, Fabio)

Salen el Conde y Clarín.

Clarín ¿No tienes a Florela amor? ¿No sirves a Florela?

Conde Sirvo y tengo amor a Florela.

Clarín Pues ¿no es desatino decirle a Alberto que te casarías con su hermana, sin haberla visto?

Conde Pues ¿qué hay perdido?

Clarín Si el otro no te hubiera respondido como caballero, ¿cómo volverías?

Conde Casado.

Clarín ¿Te burlas?

Conde De ti me burlo, que aquella palabra de casamiento la di sólo por honrar al huésped; que, aunque él es tan bien nacido y debe de ser su hermana un ángel, el amor que tengo a Florela no me hubiera permitido casarme aunque el Rey de Hungría me hubiera dado a su hija.

Clarín Decir puede un hombre a otro
a cuenta de los servicios
que ha recibido en su casa:
«señor, mi hacienda, mis hijos,
mis caballos, mis criados,
mis pájaros y mis libros
a vuestro servicio están,
siempre tengo de serviros»;
pero «yo me casaré
y con mujer que no he visto»
no lo ha dicho caballero,
caballero no lo ha dicho,
aunque fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

Conde Tienes razón. Fue necio cumplimiento; pero tengo por disculpa el no haber visto a Finea.

Clarín Si Florela tuviera aquel chillido de las mujeres celosas, te dijera:
«Federico, ¡no más, acabóse aquí!» —«Señora, ¿no más conmigo? ¡Oye, por Dios!» —«¡No hay que oír!» «¡Escucha!» —«¡Daré mil gritos! ¡Muerta soy, desleal, traidor fingido!»

Conde No me riñas más.

Clarín No te riño; mas, por Dios, que he de mirar si el dueño deste cortijo que vemos allí tiene hermana.

Conde Gente viene.

Sale Finea de hombre muy galán y Fabio.

- Finea** Dios guarde a vuesamerced.
- Conde** Él mismo venga con vos. ¿De dónde sois?
- Finea** Los dos somos, como veis, de Hungría.
- Conde** ¿Dónde os dirigís?
- Finea** A Italia.
- Conde** ¿A qué ciudad?
- Finea** Nápoles.
- Conde** De ella soy; venid conmigo, aunque voy de prisa.
- Finea** Lo haré por vuestra amistad y compañía.
- Conde** Soy el Conde Federico.
- Finea** Dadme, gran señor, los pies;
que mi calidad no es,
si la verdad os publico,
para igualar tal valor;
que soy un pobre escudero
con humos de caballero
que gradúa el buen humor.
Hay cierta universidad
para los pobres discretos
donde hace quod libetos
la mediana calidad.
De ella soy yo bachiller
y pretendiente de un don.
- Conde** La nobleza y discreción
juntas se os echan de ver;
que pues vos con humildad
donde no sois conocido
os habéis disminuido,

¿qué más cierta calidad?
Unos hombres fanfarrones
que a dos leguas de sus casas
quieren asir de las asas
los más antiguos blasones
son monos de la nobleza
que con gestos y visajes
remedan altos linajes.

Finea Yo os he dicho mi bajeza.

Conde Con el rostro la negáis.

Finea Casos de fortuna me llevan a ver si la encuentro fuera de mi patria.

Conde Pésame que vayáis a Italia con disgusto.

Finea No será sino con gusto, pues yo, señor, gusto de serviros, si me queréis admitir.

Conde Por cierto. Mi amparo, brazos y casa tendréis desde hoy.

Finea Gran señor, tanta merced se pasa de los límites de la cortesía. Ya soy vuestro.

Conde Y vos veréis que agradezco ese amor. ¿El nombre?

Finea Celio.

Conde ¿Quién es el que va con vos?

Finea Un criado mío; y desde ahora los dos los seremos vuestros.

Conde Pues vos, gentilhombre, tendréis mi casa también.

Fabio Mil veces te beso los pies.

Conde Clarín.

Clarín ¿Señor?

Conde Haz que den lo necesario a los dos; y que traigan las postas luego.

Vase.

Clarín Celio, por Dios, que habéis tenido ventura; pero vos la merecéis.

Finea En mí tendréis un amigo.

Clarín El Conde sólo procura hacer bien a sus criados.

Finea Que bien se le echa de ver... ¿Tiene mujer en Nápoles?

Clarín Tiene las de otros casados, pero suya no; aunque ha poco que quería el necio casarse en Hungría, a donde el rey de Nápoles le envió de embajador. Y en pago de la posada, ¡intentó casarse con cierta hermana del huésped!

Finea ¿Es que la vio y se enamoró de ella?

Clarín ¡No!, jamás la vio; que el hermano era celoso y debe de conocer bien el humor de las mujeres. El Conde tiene buen talle y ya sabéis que «doncellas y secretos, si no los guardan discretos, presto salen a la calle».

Finea En fin, que no es casado el Conde.

Clarín No, pero se quiere casar con una hermosa mujer que le adora y corresponde.

Finea ¿En Nápoles?

Clarín En Nápoles.

Finea ¿Y cómo se llama?

Clarín Florela y es la flor de la canela. Pienso que ahora seréis vos el alcahuete, pues parecéis muy acomodado a ese oficio; que hasta ahora he sido yo el que ha llevado recado y billete, y hasta la sangría.

Vase.

Fabio ¿Qué piensas hacer?

Finea Morir, pues mi amor se ha convertido ya en sueño.
Mas bien puede haber mudanza.
¡Buen ánimo, corazón,
que de aquí a la posesión
tiene lugar la esperanza!

Escena III

(Florela, Fenisa)

Salen Florela y Fenisa.

- Fenisa** Lee la carta y verás cuándo se parte.
- Florela** ¡Oh, Fenisa, qué mal sufre un gran amor grandes ausencias!
- Fenisa** Pues ¿que culpa tiene el Conde, si el Rey le ha enviado a tan honrosa embajada?
- Florela** No le culpo, le culpa mi fortuna.
- Fenisa** Está segura que vendrá muy presto, que así lo dijo. ¿Qué dudas? Rompe la nema; pregúntaselo a la carta, que ella te dará respuesta.
- Florela** Dilato el leerla, Fenisa, por engañar las sospechas. ¿Entró muy lucido el Conde en la Corte?
- Fenisa** Salieron de la ciudad a recibirlo todos los grandes señores, toda la ilustre nobleza. Las galas fueron notables, pero todas ellas juntas no igualaban a las del Conde.
- Florela** ¿De qué color eran las suyas?
- Fenisa** Azul celeste bordadas de oro y de perlas y flores que decían, «Fe y Florela». Cuando llegó a palacio el mismo Rey salió a recibirle a la primera sala; y los dos hablaron más de hora y media. Se murmura que el tema que trataron fue casar a la princesa con el Príncipe de Hungría, poniendo así fin a las guerras. ¡Abre la carta, por Dios!
- Florela** Me vengaré de su ausencia, Fenisa, no abriendo la carta. Pero, ¡ay!, que es ella la que se venga de mí.
- Lee. «Lleno de pena te escribo,
pero entre esta misma pena
halla gloria la memoria
de hablar contigo por ella.

No sé cómo exagerar
lo que siento, por que sientas
a qué obligan sentimientos
y a lo que sospechas llegan.
Celos que allá no sabía,
aquí, mi bien, me atormentan;
que los sustituye amor
a falta de la presencia.
Perdona este injusto agravio
y ten por seguras nuevas
que tengo para partirme
mil almas y una licencia.
Presto te veré. Mal dije,
porque por presto que sea
será tarde para amor;
que me enloquece tu ausencia.»

Finea ¿Merezco albricias?

Florela Mereces los brazos. (**La abraza y besa**)

Escena IV

(Rey, Marqués, Conde, Clarín, Finea)

Salen el Rey de Nápoles y el Marqués Ludovico.

Rey Con este matrimonio, gozará el reino de paz.

Marqués El Conde viene.

Rey Y viene al pensamiento.

Salen el Conde, Finea, Clarín y Fabio.

Conde Vuestra Alteza me dé los pies.

Rey Dadme, Conde, los brazos que tenéis tan merecidos. Y el premio os daré tan presto como veréis.

Conde Dichoso es, señor, quien ha servido a rey de quien se puede decir que es, acertarle a servir, premio de haberle servido.

Rey Voy a leer las cartas.

Vase el Rey

Marqués Ya os puedo dar el parabién del lugar que presto habéis de tener.

Conde Lo que al Rey respondí, respondo a vuesa merced.

Vase el Marqués.

Clarín Ya tienes hecho lo más importante.

Conde Antes, Clarín, lo que es menos importante. No quise atender a Florela antes que al Rey por cumplir con mi obligación. Pero ahora tengo de ir a verla.

Clarín Señor, gran merced del Rey te espera. ¿No fuera de buen parecer que, hasta saber si es preferible a Florela, trataras de retrasar la boda?

Conde ¿Eso dices?

Clarín Eso digo.

Conde Pues aunque el Rey me prefiera a sí mismo, ¿puedo yo igualar a un ángel?

Clarín Mira tu calidad.

Conde No es nada comparada a su belleza.

¡Vive Dios, si del Romano
Imperio el cetro tuviera,
o, como el Sol en su esfera,
fuera señor soberano
de la tierra y de la mar,
que me pusiera a sus pies
aun pensando que después
no la pudiera igualar.
Celio, ¿cómo callas?

Finea Señor, como yo no entiendo de qué tratas, estoy oyendo y callado.

Conde Yo sé que, si supieras qué prenda adoro, otro consejo me darías.
¡Ay, Celio, quiero a una dama
que, por verte tan discreto,
te la he de mostrar, a efeto
de que culpes quien disfama
a un ángel de tal valor
con pensar que yo la igualo
cuando a su sol me regalo
deshecho a su tierno amor!
Éste es un necio que debo
sufrir porque me ha criado;
tú has de ser, de mi cuidado,
desde hoy secretario nuevo;
tú, de todo el pensamiento,
sin encubrir parte alguna,
el dueño; y de mi fortuna
dichosa, próspero viento.
Contigo quiero tratar
los favores, los deseos,
porque veas tú qué empleos
tan venturosos de amar.
Y así, aunque paje, he gustado
que me sirvas con espada,
que está más acreditada
honra que la trae al lado.
Ven con este necio a ver
a Florela y tu dirás
que no hay en Nápoles más,
si Dios no lo vuelve a hacer.

Vase

Clarín ¿Qué te dice este Calisto
de la hermosa Melibea?

Finea Que es hombre y que la desea.
(¿Qué aguardo con lo que he visto?)
Clarín, criado que contradice a su dueño, no ha de medrar. Si medrar
quieres, has de aprobar lo bueno o malo que dice, cuanto más lo que hace.
¿Es bella esa dama?

Clarín Sí.

Finea ¿Es noble?

Clarín Como él.

Finea Pues si es noble y le satisface, ¿en qué yerra?

Clarín En no esperar a saber qué merced le ha prometido el Rey; que quizá le dé
mujer que le iguale en sangre.

Finea Necio estás, que ya los reyes no emparientan con vasallos. Pero tratemos
de nuestras cosas. Ya me entiendes.

Clarín Claro está. Tengo dos muchachas; a la una quiero bien, pero tengo temor a
tu brío.

Finea ¿Qué temes?

Clarín Te he mirado con cuidado muchas veces.

Finea Y en fin, ¿qué soy?

Clarín Gentilhombre. Y esta pícara que adoro es una veleta al aire.

Finea Eso es pura necedad, donde hay amor no es posible ser ingrato.

Clarín No conoces a las mujeres; como se deduce de que tu barba todavía espera
la primera tonsura. Pero me fío de tu amistad. Ven, pues, y verás dos
infames que pueden contentar al diablo.

Finea No quiero que les des esos nombres.

Clarín Pues ¿qué te voy a decir, que son reinas?

Finea Quiero que honres a las mujeres.

Clarín Presto espero contradecir tu opinión.

Finea El gusto no es calidad. ¿No has visto alguna vez a un príncipe amar una vil mujer?

Clarín La calidad del placer es sólo saberle dar.

Escena V

(Florella, Conde, Clarín, Finea)

Salen Florella y el Conde.

Florella ¡Mi bien, dame los brazos!

Conde Bien merezco que me abracen brazos que me cuestan vidas.

Florella Bien es que abiertos los hallen galanes después de ausencia.

Conde Bien hayan desdichas tales que hacen a un hombre dichoso.

Florella Bien temo de vos informarme en materia de memoria.

Conde Buena excusa tenéis, si os gobernáis por la vuestra.

Florella Yo no he podido olvidarme.

Conde Juzgad lo mismo de mí, que os prometo que las tardes, imaginando las noches, bastaban para matarme; pues ¿qué os diré de los días?

Florella (celosa) Mejor pudieran pasarse entre las húngaras damas, que vuestra persona y talle y esto de ser embajador os obligaría a muchos lances. No se calle cosa ninguna conmigo.

Conde ¿Queréis desesperarme?

Florella Es que tuve celos.

Conde Tuvistes celos de balde, que yo no sabía la lengua; y cuando llegaba una dama a hablarme, ella se entendía a sí en el lenguaje húngaro; y yo respondía disparates, pues no entendía ni a ella, ni a mí.

Florela ¿Os dieron algún favor? Por vida mía, mostradme flor, papel o cinta, que aunque en palacio fueran excusadas, estas cosas no pudieron excusarse en casa de vuestro huésped.

Conde Florela, un rayo me abraze si vi a la hermana de Alberto; y aquí llegan mis dos pajes, de quien podéis informaros.

Salen Clarín y Finea.

Florela Clarín no ha de declararse; ya conozco yo su humor.

Conde Tú, Celio, pasa adelante; dile a Florela, que aún no quiere asegurarse, si vi a la hermana de mi huésped.

Finea Si puede darse crédito a un hombre que bien os sirve, yo os juro que Alberto tuvo a su hermana Finea en una cárcel. Perdonadme que la llame por su nombre en presencia vuestra.

Florela ¡Buen paje!

Conde Me lo encontré en el camino a Nápoles.

Florela ¿Y de éste puedo informarme?

Finea Bien podéis, que yo vi al Conde en Hungría.

Florela ¿Y tú traes contigo la información?

Finea ¿Tengo cara de mentir?

Florela Tienes a lo menos talle de solicitar placeres al Conde.

Clarín Mi señora, el Conde fue a Hungría a cosas graves, no como tú presumes a tratar de enamorarse. Yo, que le asistí, le oí siempre hablar de lo que te adoraba y de lo mucho que sentía tu ausencia.

Florela ¡Qué testigos!

Conde Pues basten juramentos.

Florela ¿Cuáles?

Conde Plega al cielo que me falten tus ojos, si te ofendí; ni en palacio ni otra parte vi mujer que...

Florela ¡No sigas! ¿Por mis ojos juras?

Conde Pues, Celio, tú que ves esos bellos ojos, di si el perderlos no es juramento bastante.

Finea Mirarlos despacio quiero.

Florela ¿Los ojos quieres mirarme?

Finea Quiero saber su valor, para que el Conde no se engañe. ¡Jesús, es gran juramento! Son dos cielos que tienen almas con sol que en sus niñas arde. Creed al Conde señora.

Florela Por Celio os creo. Y ahora, venid, Conde, conmigo, que ya anochece y las fuentes del jardín nos llaman a gozar de su armonía. Trataré con vos lo que ayer me dijo mi padre.

Conde Si es de nuestro casamiento, no hay causa que lo dilate. Volveos a casa vosotros.

Vanse Florela y el Conde.

Finea (Y yo volveré a matarme.)

Clarín Ven, Celio, a ver a nuestras daifas; no nos ocupen otros galanes la puerta.

Finea (Pensamientos me combaten que me han de quitar la vida).

JORNADA II

Escena VI

(Rey, Marqués, Conde)

Salen el Rey de Nápoles y el Marqués Ludovico.

Rey No he tenido mayor pena en mi vida.

Marqués Parece, gran señor, cosa indigna de Federico.

Rey Pero esta carta viene llena de razones.

Marqués Llama al Conde; veamos qué responde.

Rey Llámalo, pues.

Sale el Marqués y vuelve con el Conde.

Conde ¿Qué manda vuestra alteza?

Rey Federico, el rey de Hungría se queja de ti en esta carta. Y el que escribe estotra habla de traición, y se siente tan agraviado que te llama infame y te condena a muerte. Has de leer las cartas a mis ojos.

Conde ¿Es este el premio, señor, con que pretendes honrar mis servicios?

Rey Pues di: si, embajador, ofendes a un rey y te traes por despojos a la hermana de tu huésped, ¿mereces ser premiado o castigado?

Conde Señor, ¿qué hermana ni qué huésped?

Rey Lee las cartas, que mayor bajeza no se cuenta de Paris.

Toma las cartas el Conde y las lee.

Conde «Alberto, mi gentilhombre de cámara, aposentó por mi orden en su casa al Conde Federico, a quien con particular embajada me envió Vuestra Alteza. Y como indigno pago por sus muchos regalos, se llevó a la partida a su hermana Finea. Vuestra Alteza vea qué remedio puede tener tanta ingratitud y bajo término. El más breve será casarlos; porque Alberto no tome la debida satisfacción de su infamia a costa de la vida del Conde.»

Rey ¿Ríeste de la carta?

Conde ¿Cómo puedo dejarme de reír?

Rey ¿No te ha turbado tanta maldad?

Conde Cuando no soy culpable, nada, señor, me turba.

Rey ¡Ah! Si ya estás casado con esa dama que has robado, se explica que no te turbes, Conde.

Conde Esa seguridad no es la que tengo,
que nace, gran señor, de mi inocencia.
De Hungría sólo con mi gente vengo;
la desnuda verdad no quiere ciencia.
Nace, señor, la risa que prevengo
de la seguridad de mi inocencia;
que un ánimo inocente muestra en risa
que lo secreto a lo exterior avisa.

Por el Rey, en la casa de ese Alberto
estuve con mi gente aposentado.
Si vi a su hermana, todo el centro abierto
me deje entre sus llamas sepultado.
Si alguno con quien tuvo igual concierto,
luego que me partí, se la ha robado,
no es justo que de mí, que soy tan noble,
presuma el Rey ni Alberto un trato doble.

Yo regalé, señor, a sus criados
de joyas y presentes; y sabiendo
de su hermana el valor, con mil honrados
ofrecimientos le obligué partiendo.
Ni la vi, ni la oí, ni mis cuidados
fueron más que servirte, disponiendo
tus cosas con recato y con prudencia.

Marqués Por Dios que persuade su inocencia.
(**al Rey**) Esto debe de ser que la tal Finea tendría algún amante, y se
aprovechó de la partida de Federico para huir con él.

Conde Señor, aquí queda mi cabeza para cuando se me probare que yo he sido
autor de tal ignominia.

Rey Estoy persuadido de tu inocencia.

Conde Vuestra Alteza honra mis servicios con esa confianza; deme mil veces
esos pies.

Rey Deja, deja, y escríbeles, que quien nunca ofendió, vive seguro.

Vase.

Conde ¿Qué os parece, Marqués?

Marqués Que escribáis enseguida respondiendo a la carta de Alberto.

Conde No he querido leerla todavía, por no ver a un hombre como él descompuesto.

Marqués Abridla os ruego; que no será tan necio, aunque se crea ofendido.

Conde Por vos la leo.

Lee el Conde la carta.

«En mi casa os aposenté, en mi voluntad os tuve. La confianza de vuestro nombre me engañó. Pues a mi casa habéis sido traidor y a mi voluntad ingrato y a mi confianza desleal, os aviso que os queda de vida lo que tarde yo en llegar a Nápoles.»

¿No os dije yo que, en fin como ofendido, era fuerza escribirme descompuesto?

Marqués Despachad a un hombre con una carta firmada por vos que satisfaga a ese noble caballero.

Escena VII

(Florela, Finea, Conde)

Salen Florela y Fineo.

Florela El Conde da a entender que está muy enamorado.

Finea (Fingiendo enfado). Pues desde ahora mismo, dejaré tercería que tanto me infama. A fe que no soy hombre yo para andar solicitando. Ya no quiero servir a Federico.

Florela ¿Por qué, si te quiere bien?

Finea Porque no quiero que me den el nombre que corresponde a tal oficio. Y también porque, desde que estoy en Nápoles, soy muy desdichado.

Florella ¿Qué ha sido?

Finea No sé más de que lo soy.

Florella ¿Tú puedes ser infeliz siendo criado tan leal?

Finea ¿Parécete poco estar...

Florella ¿Cómo?

Finea ... enamorado?

Florella ¡Oh, qué donaire!

Finea Pues ese donaire me va a costar la vida.

Florella ¿Quién es?

Finea No sé...

Florella Por mi vida, que me lo digas.

Finea Si me guardas el secreto...

Florella Te lo prometo.

Finea Mira que a mucho te obligas, que es dama del Conde.

Florella ¿Pues el Conde tiene dama fuera de mí? ¡Habla, dime! ¿Quién es esa mujer?

Finea Una mujer que, de verla tan airada, no la acierto a responder.

Florella ¿Soy yo?

Finea ¿Pues ya no sabías
que tu hermosura y valor
pueden abrasar de amor,
Florella, las piedras frías?
Dirás que es atrevimiento,
claro está, mas pues me voy
—y sin decirte quién soy—,

no es tan loco pensamiento.
Quita la imaginación
de lo que piensas de mí,
que cuando yo me atreví
no fue sin mucha ocasión;
ni creas que es deslealtad
querer lo que quiere el Conde,
pues mi ausencia te responde
que antes le trato lealtad.
Si yo me voy por ser fiel,
¿en qué me puede culpar?
No fue en mi mano mirar;
serálo apartarme de él.

Florela

¿Cómo había de enojarme,
Celio? He querido reírme,
porque puedo persuadirme
que ha sido posible amarme.
No es milagro –y en tu edad–
que yo te parezca bien;
melindres son para quien
nunca tuvo voluntad.
Si tú, Celio, porfiaras
en cosa tan desigual,
que me pareciera mal
es sin duda, y me enojaras;
mas quien quiere y no porfía,
dice su amor y no enfada,
yo no sé que ofenda en nada
mientras no tiene osadía.
Celio, a ninguna mujer
le pesó de ser querida,
como no fuese ofendida

más que en callar y querer.
No viendo corresponder
es fuerza que has de olvidar,
que amor no puede durar
sin ayudarlo a querer.

Finea ¿Quieres tú que yo te diga quién soy para que disculpes mi amor?

Florela Quiero.

Finea Pues sabe que soy... mejor que el Conde.

Florela ¿Mejor?

Finea Escucha. Pero antes has de jurar el secreto.

Florela A fe de quien soy.

Finea Hijo soy, Florela hermosa,
del Rey de Aragón, Fernando.
Mira tú si puedo yo
tener pensamientos altos.
Mucho dije, ya lo he dicho;
y esto, en fe de que has jurado;
y también de que me voy,
si al Conde piensas contarlo.
Aunque no se lo dirás,
que no has llegado a los brazos,
que es adonde los secretos
no tienen reparo humano.
Yo, en aquesta confianza,
te he dicho lo que he callado
al Conde; y aun a mí mismo,
si a solas conmigo hablo.
Dirás, pues, «Hombre, si fuiste
quien dices, ¿cómo has llegado
a servir desta manera?»

Esto te dijera Fabio,
el criado que me sirve,
que es el Marqués don Fernando
de Cabrera y de Aragón,
que hasta el nombre se ha mudado.
Porque yo, que aquí soy Celio,
don Alonso allá me llamo.
Oye la historia y sabrás
por qué yo me atrevo a tanto.
El Rey quiso cierta dama
de quien, por sucesos varios,
no fue, Florela, marido;
nací yo destes engaños;
casóse el Rey y me dio
en breve tiempo un hermano,
entendido y gentilhomme –
que lo era el padre de entrambos.
No nos criábamos juntos,
que aún no estaba declarado
mi nombre, por el temor
de los celos, siempre largos;
porque lo que fue una vez
amor, por dicha, obligado,
piensan las propias mujeres
que ha de durar dos mil años.
Enviudó el Rey y con esto
me trajeron a palacio
de una aldea en que vivía
con un retirado hidalgo.
Cobróme el Príncipe amor
y de la sangre ayudado
–y de algunas gracias mías,

aunque yo soy desgraciado—
en los ojos de la Corte
hallé gusto; y ya inventando
galas y fiestas, que fueron
ocasión de tantos daños,
puse los ojos, ¡ay Dios!,
en una dama que, estando
en un jardín cierto día,
se dejó tocar... las manos.
Hizo el Príncipe lo mismo:
veis aquí, todo trocado,
amor en odio, que luego
nos dividimos entrambos.
Pero la firme señora
--que le envidaba de falso
al Príncipe y me quería--
dispuso de suerte el caso
que, en ausencia de su padre,
entré una noche en su cuarto...
¡Nunca entrara! Al fin, Florela,
entré atrevido y gallardo.
Pasaron meses. Llegó
el mal encubierto parto;
asistí a verle en secreto;
y el niño infeliz tomando
en la capa, mal envuelto
con ella entre algunos paños,
salí donde pensé yo
que asistían mis criados.
Llegó el Príncipe a saber
quién era; y yo, porfiando
a no querer descubrirme,

dos o tres me acuchillaron.
¡Caso extraño!, que otros riñen
dando rodela al contrario
y yo, para defenderme,
daba todo el pecho a tantos.
Quiso Dios que no le hirieron,
ni a mí; pero no es milagro,
que mal pudieran herirme
con un ángel en los brazos.
El Príncipe y Aragón
quedaron alborotados,
de suerte que, en una aldea
de las faldas del Moncayo,
dejé el niño, y por la posta,
en toda Francia, no paro.
Corro a Flandes. Llego a Hungría
a la sazón que, llegando
el Conde con la embajada,
pude aficionarme tanto
que, así por más ocultarme
como por verme obligado
de su amor y inclinación,
en el camino le aguardo.
Dióme oficio de mi edad,
que esto no lo tuve a agravio.
Fióme aqueste secreto
que la vida me ha costado;
que, viendo tu rostro, he visto
de lo que amaba reparo,
olvidando cuanto quise,
hasta romper su retrato.
No sé cómo me atreví

a decirte, suspirando,
lo que no pensé, Florela.
Ya lo dije y ya me parto,
que el decirlo fue partirme.
Mas juramento te hago
a la cruz de aquesta espada,
como aragonés honrado
—y a la que traigo encubierta
de nuestro español Santiago—,
que si me guardas secreto
y me veo en el estado
que pienso y el Conde falta
a vuestro concierto y trato,
de casarme y de enviar
por ti al Marqués don Bernardo
desde Aragón, porque estoy
por tu belleza expirando.
¡Ten lastima de mi muerte,
pues que me han muerto tus manos,
que en tenerla de mi vida,
no haces al Conde agravio!

Hace que se va.

Florela ¡Tente, tente!

Finea ¿Qué quieres?

Florela ¡El Conde viene! ¡No lo digo!

Sale el Conde.

Conde ¡Florela!

Florela Federico, seas bien venido. ¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

Conde Señora, cartas de Hungría.

Florela Deben de ser contrarias, pues te veo... preocupado

Conde Si son cartas contra mí, ¿no me han de preocupar?

Florela ¿Contra ti?

Conde El rey de Hungría escribe diciendo que he robado a la hermana del huésped en cuya casa posaba.

Florela ¿Y no puede ser verdad?

Conde ¡Esto sólo me faltaba! ¡No puede ser verdad porque ni la vi, ni sé quién es!

Florela Nadie se queja sin razón.

Conde ¡No me desesperes!

Florela Pues ¿cómo os pueden culpar sin causa?

Conde ¡Vive Dios, que a voces me declaro inocente! Juzga de mí, como es justo.

Florela Ya he juzgado y hallo que te ausentaste y que tu amor duró lo que tardaste en ver a esa dama. ¿Dónde la tienes?

Conde ¡Que tú me trates así! El Rey está satisfecho de mi inocencia y tú, contra toda ley de amor y de obligación, ¿me consideras culpable por sombras imaginadas?

Florela Son muy justas mis sospechas; que el Rey no te quiere ni puede tener celos de ti; y yo, Federico, sí, que pienso ser tu mujer.

Conde Perdona mi atrevimiento, pero no puedo seguir escuchándote.

Vase

Finea Mal has hecho en apretar tanto al Conde. Aunque... he de decirte que todo este enredo es verdad, que yo sé que la ha traído consigo.

Florela ¡Estoy pensando venganzas!

Finea No deberías.

Florela ¿Pues no dices que es verdad?

Finea Si me guardas secreto, yo te la enseñaré.

Florela ¡Ay, Celio!, si tú me enseñas esa mujer, ten por cierto que te adore.

Finea Yo soy muerto si se sabe, ni aun por señas.

Florela ¡Quítame el cielo la vida si te viene algún daño!

Finea Hoy la verás.

Florela La palabra cumplida, mi hacienda es tuya.

Finea No quiero más premio que hacerte gusto.

Florela Fía en la palabra mía.

Escena VIII

(Alberto, Lusidoro, Conde, Finea, Clarín)

Salen Alberto y Lusidoro de noche, Alberto con una pistola.

Alberto Lusidoro, dime, ¿dónde tendrá a mi hermana Federico?

Lusidoro No le faltará lugar secreto en esta insigne ciudad de Nápoles. Mira la cantidad de palacios, de torres, de quintas y jardines donde la puede haber ocultado.

Alberto ¿Deberé matarle de noche con una pistola?

Lusidoro No me parece venganza honrada; te pido que no le mates a traición.

Alberto Pues ¿a qué llamas traición? ¿He de desafiarle habiéndome quitado el honor?

Lusidoro ¿No fuera, Alberto, remedio más honrado casarle con Finea?

Alberto ¿Quién lo duda?

Lusidoro Si al Rey hablases, tengo yo por cierto que te haría justicia.

Alberto Pero Lusidoro, yo quiero vengarme, no pleitear en público. ¡Yo no quiero prisión ni desafío, sino pasarle el pecho con dos balas!

Lusidoro ¡Gente sale de la casa! La voz le he conocido; él es, sin duda.

Alberto Sólo trae un paje y un lacayo.

Lusidoro Pero son hombres de espada.

Alberto No importa, que la espada no defiende de la pólvora.

Sale el Conde y Finea y Clarín, de noche.

Conde ¿Qué hora es?

Clarín Las doce son. Desvíate desta puerta, que se vengará Florela de ti si sabe que has venido.

Conde ¡Ah, ya quisiera verla abierta!

Clarín Señor, ¿no sabes que el fingir negocia más que el amar?

Estate dos horas quedo,
no muestres que te apasionas;
las mujeres y las monas,
no han de conocer el miedo;
que en conociéndole muerden.

Conde ¡Qué fácilmente aconseja quien no ama!

Clarín ¡Cuántos su gusto pierden ... por no saber esperar! Vámonos de aquí, señor.

Conde Clarín, no me deja amor.

Clarín ¡Pues tráigante aquí la cama!

Conde ¡Que tal mentira se diga y me culpen a mí de lo que ni vi ni sé! ¡Plega a Dios Finea, o quien seas, que nunca tengas ventura!

Finea Señor, no ofendas a las mujeres. ¿Qué culpa tiene Finea de lo que dicen de ti?

Conde ¿No es ella la causa?

Finea Sí, pero no voluntariamente.

Conde Celio, si me quieres bien, ayúdame a maldecir a esa mujer y decir que es un demonio.

Finea No haré tal; que soy noble y me toca defender a toda mujer.

Conde (Los ve en la otra esquina) ¡Viene gente!

Alberto ¡Ya disparo!

Dispara Alberto y no da fuego.

No dio fuego, ¡vive Dios!

Conde ¡Oh, perros!

Salen corriendo Alberto y Lusidoro y Finea va detrás de ellos.

Finea ¡A ellos, señor, a ellos!

Clarín ¡Cómo se tiene con ellos, la madre que lo parió!

Conde ¡Oh, buen Celio, no los sigas...!

Sale Finea.

Finea Porque huyen, te obedezco.

Conde ¡Vive Dios, que eres honrado!

Clarín Pesia tal, ¡qué cuchilladas tiraba!

Conde Esta gente, ¿quién sería?

Clarín Ladrones debían de ser.

Conde El ladrón, Clarín, pide la capa pero no intenta matar al hombre.

Clarín La llama del polvorín me asustó.

Conde La pólvora ardió no más.

Finea Conde, mal seguro estás aquí.

Clarín Mal seguro estás, señor.

Conde Este demonio o mujer, esta Finea es la causa de tanto mal.

Clarín Por ella debió de ser. Vamos a casa y volvamos con fuego a ver quiénes son.

Conde En Nápoles está Alberto. Él debió de ser.

Finea (Sin duda fue mi hermano.)

Conde Basta, amigos, que hoy nací.

Conde Ya no puedo salir de este tinglado con escribir ni dar satisfacciones.

Vase.

Clarín ¿Vas a ver a Fenisa?

Finea Sí, si el Conde se va a acostar.

Clarín Me dijo que te esperaba con Flora. ¡Vive Dios, que eres valiente; pero se queja Fenisa de que eres tibio!

Finea Yo, como soy socarrón, la quiero enamorar.

Clarín Yo sé que te quiere bien y que me alaba tu brío.

Finea ¿Es limpia?

Clarín Como los chorros del oro.

Finea Porque no habiendo limpieza, todo amor se desbarata. ¿Buen olor?

Clarín Divino.

Finea No digo lo perfumado.

Clarín Yo tampoco.

Escena IX

(Rey, Marqués, Alberto, Conde)

Salen el Rey y el Marqués.

Rey Vuelve a escribirme el Rey de Hungría y está con pena.

Marqués No es posible que el Conde lo negara, pues no es contra razón casarse con mujer tan noble.

Rey Mucho le condena su porfía. Lo encerraré en una mazmorra.

Marqués ¿Con qué pruebas?

Rey ¡Ah!, ¿pero hacen falta pruebas?

Marqués No, cuando son bastantes los indicios. Pero el Conde jura que no vio a Finea; y no se prenden a hombres semejantes sin conocer la causa. Pero ahora, señor, debes hacer entrar a dos caballeros húngaros que piden licencia para verte.

Rey Ya, Marqués, empiezan a llegar las pruebas.

Salen Alberto y Lusidoro.

Alberto Dadme, gran señor, los pies.

Rey Por vuestra presencia y tierra es justo daros los brazos. Pero, ¿es embajada o es queja?

Alberto ¿Queja, señor?

Rey Ya conozco quien eres. Mucho me pesa, Alberto, si eres Alberto, que vengas a buscar satisfacción a tu honor. Y porque no es bien que no oigas a la parte que se afirma en su inocencia, llamad luego a Federico.

Vase el Marqués.

Alberto Yo sé que cuando él me vea, no negaré la verdad.

Rey Pues jura y niega que nunca vio a vuestra hermana.

Alberto Yo, con licencia vuestra, sé que al partirse me pidió con mucha diligencia que se la diese por mujer. Pues, ¿me la hubiera pedido si nunca la hubiera visto?

Rey Extrañas cosas son éstas, pero aquí viene el Conde.

Salen el Conde y el Marqués.

Conde Gran señor, agradecido estoy de que no dieses sentencia contra mí sin escucharme antes.

Rey Propón, Alberto, tus quejas.

Alberto (En tono de romance de ciego)
Habiendo, ilustre Rugero
—que en la gran Nápoles reinas—
apostado en mi casa,

de antigua y clara nobleza,
al Conde, que está presente,
y regaládole en ella
–si no como él merecía,
como pude–, al salir della,
me faltó mi propia hermana.
Faltó mi hermana Finea
de mi casa, habiendo sido
ejemplo a cuantas doncellas
tuvo la Corte de Hungría,
donde, a una voz, no discrepa
persona que no le culpe;
y es tan cierta la sospecha,
que habiéndose en todo el Reino
hecho grandes diligencias
con penas extraordinarias,
no hay quien diga ni quien sepa
mas de que la voz común
dice que el Conde la lleva.
Con esto el Rey te escribió;
yo, sin aguardar respuesta,
vine a ver si de mi honor
me daba Nápoles señas.
No he merecido ninguna
de mis contrarias estrellas,
y así tuve por mejor,
excusando competencias,
venir a pedir justicia
al tribunal de tu Alteza.

Conde

El Rey mi señor, Alberto, habrá juzgado que faltarte tu hermana no es indicio de que yo me la llevase. Ella pudo, entre tanta confusión, salir con quien...

Alberto ¡No te atrevas a decir tal libertad!

Conde ¿De qué te quejas? No es bien que tú tengas licencia de llamarme a mí traidor y que yo, Alberto, no pueda decir que lo fue tu hermana. Además, me parece mejor presumir que algún galán que la requiebra durante muchos años se la ha llevado, que no yo, que jamás la he visto. Esta es la verdad, Alberto. Así que vuélvete a tu tierra, que los caballeros nobles de este país no van al tuyo a ser desleales, sino al negocio que llevan. Y esto lo diré en el campo a ti, a tu sangre y a cualquiera que salga.

Alberto ¡Saldré luego a defender que eres traidor!

Rey ¡Quedo! ¿Qué es esto? No quiero que se resuelva este caso por las armas. En mi Consejo se vea. Pruebe Alberto lo que dice, que no es justo infamar al Conde por meras sospechas.

Alberto Perdona, si ha sido ofensa querer defender mi honor.

Marqués También es bien que el Conde defienda el suyo.

Alberto (¡Maldiga el cielo, Finea, tu liviandad, pues padezco tantos disgustos por ella!)

Escena X

(Fenisa, Finea, Clarín)

Salen Fenisa y Finea.

Fenisa ¿Es posible que has de ser tan avariento de un sí?

Finea Si no haces lo que te pido, no te pienso querer.

Fenisa Dime en qué puedo servirte y verás mi amor.

Finea Oye y lo sabrás. El Conde me mandó que buscara una mujer para dar celos a Florela.

Fenisa ¡Ya sé sus estratagemas!

Finea. Florela le ha dado celos.

Fenisa Pero ella le quiere.

Finea Le quiera o no le quiera, le ha dado celos; y él quiere dárselos también. Este es el plan. Florela piensa que hemos traído de Hungría a cierta dama llamada Finea y el Conde quiere darle a entender que es verdad. Tú has de fingir ser Finea y contarle a Florela que has venido con el Conde y que le quieres mucho. ¿Sabrás hacerlo?

Fenisa Pienso que sabré.

Finea Con esto será posible dar dulce fin a nuestras bodas; que yo quiero ser muy tuyo, como verás en las obras. Mas no has de querer jamás a otro.

Fenisa De todos huyo, Celio, después que te vi.

Finea El picaño de Clarín quiere emparejarme con Silvia y yo muero por ti. Y tú no tienes tantas prendas con Clarín que te esté mal engañarle.

Fenisa Que satisfacer pretendas a un lacayo picarón...

Sale Clarín al paño.

Clarín (¿Que es aquesto de lacayo?)

Fenisa ¡Muérame si le he querido jamás! Yo quiero casarme contigo, que una mujer sola tiene miedo de vivir... sin compañía. Clarín es un borracho y un gallina. Es un hombre que permite lo que ya sabes ... y no quieras saber más.

Clarín (¡Fiad de tales mujeres!)

Fenisa Pues, me das prendas iguales de tu voluntad, confírmalas con los brazos.

Finea Una y mil veces.

Se besan y abrazan.

Clarín (**saliendo al tablado**) ¡Ah, usaste de los abrazos!

Fenisa ¿Y por qué no?

Clarín Porque es mal hecho y es mi amigo.

Finea ¡Pícaro, tú sabes que yo soy caballero!

Clarín ¡Vive Dios, que he de cortar a alguna!

Finea ¡Deja de hablar, lacayo enjerto en cochero, o te daré!

Clarín ¡Pesia mí, saque el pajazo la espada!

Sacan las espadas.

Finea Pues ¡toma esta cuchillada, gallina!

Clarín Reparo así.

Finea ¿No huyes? Pues, ¡toma!

Clarín ¡Pesia mí!

Fenisa ¿Hay tal donaire de paje? ¡Vive Dios, que me enamora!

JORNADA TERCERA

Escena XI

(Florela, Fenisa, Finea, Conde)

Salen Florela, Fenisa y Finea.

- Florela** Celio, bien venido seas.
- Finea** Ahora verás si verdad fue.
- Florela** ¿Sois vos, hermosa dama, a quien trajo el Conde?
- Fenisa** ¡Yo soy la hermana de Alberto!
- Florela** Mal mirastes por su honor.
- Fenisa** Todo concierto de amor fue siempre... desconcierto.
- Florela** ¿Tan presto le tuvisteis amor?
- Fenisa** Pues ¿tardasteis vos mucho en tenersele?
- Finea** (¡Por Dios, que te cogió!)
- Fenisa** Posó en mi casa. Soy mujer. No somos fuertes.
- Florela** ¿Es posible que el Conde engañase a una dama y que le pagase la hospitalidad con trato tan doble?
- Fenisa** Me juró que en su vida tuvo amor a otra mujer.
- Florela** Si jura, bien puede ser verdad.
- Fenisa** Ya sé que os lo tuvo a vos, pero no os lo tiene ahora; porque, estando a solas, me dice que me quiere mucho.
- Florela** ¡Llévame, Celio, de aquí a esta mujer, que me mata!
- Finea** Ven, Finea, que otro día habrá mejor ocasión.
- Fenisa** Pues sabéis mi amor, suplícoos, señora mía, que no admitáis al Conde aquí. ¡Decidle que me cumpla la palabra dada, que si no, mi hermano Alberto le ha de matar!
- Florela** ¡Bien hará!

Finea Vámonos de aquí, Finea.
Fenisa (¿Hícelo bien?)
Finea (Por extremo. La misma Finea no te igualara.)
Fenisa (¿Qué me has de dar?)
Finea (Ya verás.)

Vanse las dos abrazadas por una puerta y sale el Conde por otra.

Conde Dio fuego sin emprender
la pólvora y munición;
turbóseme el corazón,
porque fue razón temer;
no sé qué tengo de hacer
contra aqueste testimonio,
todo invención del demonio;
sólo porque dije un día
no sé qué por cortesía
con nombre de matrimonio.
¿Qué es esto? ¿Estás enojada?
¿Cosa que algo desto creas?;
que si matarme deseas,
no busques mejor espada.
Pues no respondes airada,
vuelve ese rostro, señora.
¡Bueno será que tú ahora
sus desatinos ayudes
y que el semblante me mudes,
que el alma por verlo adora!
¡Ah, Florela! Mas ¿qué digo?,
si me matas tú también.
Mira, mi bien, que soy quien

estoy hablando contigo.

¿De qué sirve dar castigo?

Florela ¡No es inocente quien miente y con tan poca vergüenza! ¡Ah, Conde, nunca te hubieran visto mis ojos!

Conde ¿Ahora sales con eso? Mira que te han engañado.

Florela ¿Quieres que te lo diga bien claro?

Conde Dilo.

Florela Hoy he visto a Finea.

Conde ¿Qué Finea?

Florela Esa mujer con quien estás casado.

Conde ¿Tú la has visto?

Florela Visto y hablado.

Conde Soñando será.

Florela Digo que acabo de ver viva y presente a esa dama y que llorando me pidió que te persuadiese a que cumplas tu palabra de matrimonio. ¿Quieres más?

Conde ¿Que tú has hablado a esa que llaman Finea?

Florela A esa misma. ¡Que bien, Conde, me has pagado mi inmenso amor!

Conde A la que yo jamás hablé ni vi, ¿has visto tú? ¿Qué es esto? Sin duda algún demonio se ha disfrazado de Finea para ir contra mí.

Florela Cuatro días de ausencia, ¿y te enamoras de otra mujer? ¿Y le prometes ser su esposo y la traes aquí para que yo la vea? ¡No sé quién me da paciencia para sufrir tus agravios!

Conde ¿Hay malicia semejante?

Florela ¿Hay traición tan desigual?

Conde ¡Yo haré que a este reino espante mi venganza!

Florela Los ojos son testigos que no pueden mentir.

Conde Tú me quieres olvidar y te aprovechas de esta traición.

Florela ¡Buena salida es esta! Federico, olvidarte me conviene: ¡desde ahora te olvido! ¡Olvidado estás!

Conde Mi verdad hará que tuerza tu intento.

Florela ¡No puede ser!

Conde ¡Pues yo no voy a tener a esta mujer... por fuerza!

Escena XII

(Rey, Marqués, Finea, Alberto, Clarín, Conde, Florela)

Salen el Rey y el Marqués.

Rey Alberto dice que el Conde tiene a su hermana.

Marqués Yo creo que lo finge.

Rey ¿Qué interés puede tener en fingirlo?

Marqués O es engaño; pues ya ves que nada altera al Conde.

Sale Finea de mujer con manto, cubierta el rostro e híncase de rodillas delante el Rey.

Finea Como en lugar de Dios están los reyes,
poderoso Rugero, cuanto humano;
y el dispensar o ejecutar las leyes
está en su voluntad, como en su mano;
sin exceptar desde el que humildes bueyes
pone al arado, bárbaro villano,
hasta el mayor señor; que la justicia,
ni la tuerce el amor ni la codicia.
No es justo que se tenga a desconcierto
venir, señor, pues –la razón responde–,
a tus pies generosos como a puerto
que al mar de mis desdichas corresponde.

Finea soy, la hermana soy de Alberto,
a quien de Hungría, con engaño,
el Conde Federico sacó, dando primero
palabra como noble caballero.
Desde entonces, señor, casi oprimida,
si bien amor fue la causa de mi daño,
me tiene disfrazada y escondida
para encubrir con todos este engaño.
Niégame la palabra prometida;
de que tengo tan cierto desengaño
que se quiere casar con otra dama,
de que corre por Nápoles la fama.
Suplico a Vuestra Alteza no permita
—ya que yo fui mujer cuya flaqueza
no es la primera vez que se ve escrita:
así nos fabricó Naturaleza—
que no se case; pues mi honor me quita
y el de mi casa, de mayor nobleza;
que si saben tan grande tiranía
se ha de poner en arma toda Hungría.

Rey (¿Qué os parece ahora, Marqués? ¿Es verdad o mentira? ¡Vive el cielo,
que ha de morir el Conde Federico!)

Marqués (A la piedad de tu justicia apelo.)

Rey (¿No le basta la traición? ¿A un Rey se niega la verdad?)

Marqués (Pudiera ser que esta mujer finja y que no sea la hermana de Alberto.)

Rey (Pues llama a Alberto a mi presencia.). Esperad aquí, señora.

Vase el Marqués y sale con Alberto.

Alberto ¡Oh, gran señor, el Conde quiere matarme; todos me infaman por él!

Rey Descubre el rostro, Finea.

Descúbrese Finea.

¿Es ésta, Alberto, tu hermana?

Alberto ¡Oh, infame, vil! ¡Oh, villana!

Saca la daga para ella.

Con esta daga...

Finea ¡Ay de mí!

Marqués ¡Huye presto!

Vase huyendo Finea.

Rey ¿Hirióla?

Marqués No, señor.

Rey Pues Alberto, ¿en mi presencia? ¡Préndanle luego!

Alberto ¡Señor, no pude hacer resistencia! Confieso mi atrevimiento. De honor mis afectos son. Perdona mi desatino.

Salen Clarín y el Conde.

Clarín ¡No entres! ¡Aguarda!

Conde ¿De qué, Marqués, procedió este alboroto?

Marqués ¡Teneos!, que está el Rey muy enojado con vos.

Conde ¿Connmigo?

Marqués Y no sé cómo disculparos.

Conde ¿Es porque Alberto está aquí? Señor, ¿qué os ha dicho Alberto que me volvéis el rostro?

Rey Los leales caballeros nunca engañan a los reyes.

Conde Señor, si culpa no tengo, ¿será bien que la confiese?

Rey Marqués...

Marqués Conde, aquí estuvo Finea. El Rey la vio y Alberto confirmó que es su propia hermana. Se queja de ti, diciendo que la trajiste de Hungría y que tratas casamiento con otra dama.

Conde ¿Qué dices?

Marqués ¿Qué digo?

Conde Sí.

Marqués Lo que veo.

Conde Señor, ¿tú has visto a Finea?

Rey Yo la he visto; y te confieso, Conde, que nunca creí que cupiese tal maldad en ti.

Conde Si la he visto, ¡plegue al cielo...!

Rey ¿Todavía lo niegas? ¡Extraño caso! O estás loco o eres tan necio que a todos nos vuelves locos.

Conde ¡Señor! Digo que lo creo, pues vuestra Alteza lo dice; y que es verdad que tengo a Finea; que la debo de tener, aunque ¡vive Dios eterno! que no sé cómo, ni dónde, ni por dónde anda, porque yo jamás la he visto.

Rey No la ves porque tratas casamiento con esa dama a quien sirves y no quieres que Alberto te obligue a casarte con ella.

Alberto Federico, si tenemos ojos, y razón, y ley, y humano trato, ¿cómo niegas lo que con los ojos vemos? Tienes a mi hermana aquí y en deshonor y desprecio suyo y mío, y aun del Rey que a los dos nos está oyendo, ¿todavía dices que jamás la viste?

Conde Alberto, yo estoy ciego y sin sentido, pues todos ven lo que yo no veo. Sin duda, es verdad que tengo a Finea; pues enseñame, te ruego, a mi señora; y si dice, no ya que la tengo, sino que la he visto, yo te digo que desde ahora soy su marido.

Alberto Pues voy a buscarla.

Vase.

Conde Pues yo te espero.

Rey Conde, has hecho como quien eres.

Conde Yo, Rey poderoso, he hecho lo que quiere mi fortuna; la razón, no; porque puedo jurar que jamás la vi.

Rey ¿Otra vez?

Marqués Tan grande exceso parece locura.

Vanse y queda solo el Conde.

Conde ¿Hay semejante desdicha?
¿Si la vi? ¿Si no me acuerdo?
Pero ¿cómo puede ser
que la viese y que tan presto
no me acuerde haberla visto?
Que estos se han juntado, pienso,
para hacerme alguna burla.

Sale Clarín.

Clarín He oído decir que está el Rey tan enojado que entiendo que te ha de costar la vida.

Conde Ya ni aun la vida deseo.

Clarín ¿Cómo trajiste, señor, a esa dama con tan gran secreto que yo no la vi en todo el camino? ¿Qué talle, qué rostro tiene? ¿Qué brío, qué entendimiento? Que pues tú la guardas tanto, debe de ser de los cielos.

Conde Ellos se duelan de mí, pues inocente padezco tan grandes persecuciones. Y tú, ¡villano, grosero!, ¿también quieres quitarme el seso?

Clarín Señor, ¡tente!, que sólo digo lo que dicen todos.

Conde ¿Cómo todos?

Clarín Escúchame. Lo primero,
dice Florela, señor,
que vio a Finea; y haciendo

extremo por tus injurias
daba perlas y oro al suelo:
éstas de sus bellos ojos
y esotras de sus cabellos.
Lo segundo, dice el Rey
y los Grandes que estuvieron
en la cámara que han visto
a Finea, que pidiendo
justicia movió a piedad
cuantos la vieron y oyeron.
Dice Alberto que es su hermana.
Pues ¿todos mienten? ¡Ay cielos!,
que si me dijeran todos
que era caballo o jumento,
que en una caballeriza
pusiera a un pesebre el pecho.
Y que si dijeran que era
murciélago o cuervo negro,
que me arrojara a volar
desde un corredor de aquestos.
Hace entender una dama
a su marido, que viendo
está el mancebo que viene
a su casa por momentos,
que es por una prima suya;
y dice de los hijuelos
que salen zarcos y rubios,
siendo el hombre pelinegro,
que se parecen a un tío
que era colorado y fresco;
y críalos el tal hombre
como si fuera su dueño.

¿Y no quieres tú creer
lo que todos están viendo?
Acaba ya, que es locura
negar lo que ven los ciegos.

Conde ¡Infame!, ¿qué es lo que dices?

Clarín ¡Tente, señor!

Sale Finea.

Finea ¿Está aquí el Conde?

Clarín ¡A buen tiempo!

Conde ¿Qué quieres, Celio?

Finea Señor, por muchos años y buenos te cases con esa dama que te ha puesto en tanto rigor. Vila salir y, ¡por Dios!, que es gallarda y que debe de tener no menos entendimiento. Y me dicen que es muy noble y rica de hacienda y deudos; y que le diste en Hungría palabra con juramento de que serías su marido.

Saca la espada el Conde.

Conde ¡Infames!

Finea La espada, señor, ¿qué es esto? Pues ¿tú para mí la espada?

Clarín ¡Huye, no le aguardes, Celio!

Finea Pues ¿por qué no me avisaste de que el Conde estaba sin seso?

Vanse huyendo.

Conde Acabóse fortuna, ¡yo estoy loco!
No tengo que esperar, pues un lacayo
y un paje tienen mi valor en poco;
¡abrásese [a] esta mujer del cielo un rayo!;
pero, ¡por Dios!, que a veces me provoco;
si bien me causa tan mortal desmayo
presumir de que debe de ser cierto

y que se queja con razón Alberto.
Un rey, ¿dónde no fue siempre creído?
¿Qué ley no le da fe, si él sólo jura?
Pues luego, ¿cuántos hombres han tenido
noticia de mi engaño y mi locura?
El seso tengo, ¡vive Dios!, perdido;
mas que es del cielo todo me asegura.
¿No estaba cuerdo yo? Pues ¿cómo es esto?
¿Qué hechizo infame en tanto mal me ha puesto?
¿Si hablé, si dije amores a Finea
mientras duró en Hungría la embajada?
Que no es mucho que, loco, de la idea
la tenga ya confusa o ya borrada.
Mas como quiera que el suceso sea,
cumplir es justo la palabra dada;
que si yo la gocé, no es bien ni apruebo
faltar, por no acordarme, a lo que debo.
Quiero decir al Rey, para que pueda
desenojar al Rey, que fue accidente
y que quiero casarme; con que queda
mi seso en paz y libre desta gente;
que fuera de pedir que me conceda
perdón, no puede haber cosa que intente
que de más gusto en mis desdichas sea
pues veré, por lo menos, a Finea.

Salen el Rey y el Marqués.

Marqués La espada tiene desnuda; pienso que se quiere matar.

Rey ¿Tanto aborrece el casarse?

Marqués Llegue Vuestra Majestad, que es justo favorecer a un caballero tan leal.

Rey ¡Ah, Federico! ¿Qué es esto? ¿Pues vos os tratáis así?

Conde ¿Quién me ha puesto en tanto mal?

Rey Quitadle la espada vos.

Conde Bien digo yo que estoy loco. ¡Mira, señor, la nobleza de mi casa!

Rey (Al Marqués) (¡Qué presto pasa a otras cosas! Ahora trata de su nobleza. Yo le quiero curar.) (A Federico) Federico, vos teníais razón y Alberto no la tenía. Finea está en Hungría. Sosegaos, volved en vos; que no os habéis de casar.

Conde (El Rey me quiere engañar, ¡pues no lo ha de hacer!) Señor, si hasta ahora he sido rebelde en no reconocer a Finea y que la he traído de Hungría, sabed que fue por obligación y amor que tenía a Florela. Ya que estáis tan enojado, no es razón que pase adelante el disgusto. Mandad que venga Finea, que yo me quiero casar.

Rey Pues yo os quiero perdonar, con tal de que vuestra mujer sea. Y creed que acertaréis, dando a todo el reino gusto. Dadle la espada, Marqués, que ya puede ceñírsela. Id, Federico, en buena hora a vuestra casa y traeros a Finea.

Conde Señor, la palabra mía cumpliré si ella viene; que yo, ¿cómo he de traer a la que no tengo ni he visto?

Rey ¿Pero no acabas de confesar que la trajistes de Hungría?

Conde Digo que debe ser verdad, pero que yo no la vi.

Marqués (Mira, señor, que está loco.)

Rey Traedla ahora mismo o haré que os prendan.

Conde Yo la traeré. Vuestra Alteza espere un poco. Voy por ella, aunque no sé dónde la tengo de hallar; pero andaréla buscando hasta topar con ella. Pues me fuerza todo el poder de un Rey, creo que tengo a esta mujer... por fuerza.

Vase.

Rey Id con él Marqués, no haga el Conde algún desatino.

Vase el Marqués.

Rey Debe de ser que estima mucho a Florela y por ello miente.

Sale Florela con manto.

Florela Tengo por dichoso agüero que hable Vuestra Alteza de mí.

Rey No fue en tu favor; antes estoy enojado.

Florela Pues yo señor, ¿en qué te he ofendido?

Rey ¿Parécete justo quitarle a Federico un amor que ha traído desde Hungría?
¿Es bien que tu necio amor traiga sin sentido al Conde? ¿Esto, Florela, responde al generoso valor de tus padres, de tus abuelos y de tu casa?

Florela ¡Señor!, yo no quiero estorbar que el Conde se case con tan principal mujer. A otra cosa vengo.

Rey Pues el Conde me engañó, si tu amor no le mueve.

Florela Él lo debe de pensar; pero es hombre de poco seso.

Rey Bien se ha visto en la manera en que porfiaba que no tenía a Finea.

Florela Mintió, que yo la he visto; con que me desengañó del engaño en que vivía.

Rey Pues di ahora lo que quieres, si libre del Conde estás.

Florela Gran señor, oye un notable secreto, que es mi remedio.

Rey Dime.

Florela En Nápoles está ahora don Alonso de Aragón.

Rey ¿Qué dices?

Florela Lo que sé; y le hablo cada día. ¿No crees que la sangre que heredé es digna del Rey de Aragón?

Rey Florela, bien puedes igualarle.

Florela Tiene, señor, concertado, si gustas, que nos casemos. Hame dicho que te hable, pues sin tu gusto y favor no se atreve y tiene amor.

Rey Huélgome de tu ventura, que me dicen que el Infante es gallardo y arrogante. Y aun presumo que le vi alguna vez retratado. ¿Dónde está?

Florela Como criado del Conde, está, señor, en su casa.

Rey ¿Este enredo más tenía el Conde?

Florela Hallóle en Hungría sin saber quién era y le ha traído a Nápoles. Sólo a mí se ha descubierto.

Rey Tengo por cierto que el Conde es el hombre más fingido y de mayores enredos que hay en el mundo.

Florela Señor, ¡hazme este bien!

Rey Sí haré; no tengas pena, Florela. Hoy tendrá remedio todo. ¡Hola!

Sale el Marqués.

Marqués ¡Señor!

Rey Traed aquí al Conde, a Alberto y a Finea.

Sale Alberto.

Alberto Deseando, invicto Rey,
cobrar mi honor voy resuelto
a pedirte una merced,
de tu valor satisfecho.
El Conde ahora me habló;
díceme que está contento
de casarse con mi hermana;
que se la dé si la tengo
porque él no la vio en su vida,
ni puede, no la teniendo,
casarse; de donde yo
imagino que la ha muerto.
Si ha muerto a mi hermana el Conde,
como infame caballero
ha procedido, señor.

Verdad es que lo sospecho.
Pues el remedio que hallo
por más honrado remedio
es pedirte contra él
campo, que es justo derecho
en cosas que son dudosas.
Concédemele, que quiero
matarle si está culpado;
porque si no, quiera el cielo
que me dé la muerte a mí,
de que ya tengo deseo.

Rey Alberto, si el Conde dice que acepta el casamiento, ¿que otra fuerza puedo hacerle? Si presumes que ha muerto a Finea, mejor es la seguridad del pleito que el desafío. Pide, que yo haré justicia.

Alberto ¿Y he de aguardar los procesos... sin honor? ¿No son mejores derechos las espadas que las plumas?

Salen el Conde y el Marqués, Clarín y Finea.

Conde Si su Alteza otorga el campo, yo lo acepto.

Marqués Mira que está el Rey aquí.

Rey Federico, habéis puesto en confusión a todo el reino; y aun a reinos extranjeros. Nunca fuerais a Hungría, pues tanto mal habéis hecho y tantas honras habéis quitado.

Conde Señor, aquí tengo el cuello;
mandad cortarle, señor,
pues a serviros no acierto;
que nací tan desdichado
que, por más que os obedezco,
no os acierto a obedecer.

Rey Mirad lo que dice Alberto, que es la parte que se queja.

Alberto Digo, señor, que sospecho que el Conde ha muerto a mi hermana, pues acepta el casamiento y dice que no la tiene.

Conde ¡Vive Dios, que no la tengo! ¡Dénmela, que al punto le daré la mano! Y cien manos le diera, si las tuviera, porque todo mi deseo es agradar al Rey y dejaros satisfecho del honor que habéis perdido.

Alberto Pues, Federico, ¡yo os reto de traidor!

Conde Yo acepto el campo y me ofrezco a sustentar que mentís.

Rey Y yo a los dos lo concedo.

Alberto Bésoos los pies mil veces.

Conde Yo también os los beso.

Alberto Esto queda bien así.

Conde ¿Para cuándo?

Alberto Para luego.

Rey Basta que sea mañana.

Florela Ya, señor, que queda esto remitido a las armas, ahora tienes lugar de ejecutar el concierto que te dije.

Rey ¿Dónde está don Alonso de Aragón? Que quiero honrarlo por deudo y saber su voluntad.

Florela Llegad, señor Celio, que su Alteza os quiere hablar.

Finea ¿Qué me manda vuestra Alteza?

Rey Don Alonso, ya no es tiempo de encubrir vuestra persona. Dadme los brazos, que quiero casaros hoy de mi mano.

Finea Señor, la palabra acepto y estimo tanto favor; pero sea el casamiento, si vos fuéredes servido, con quien ya lo tengo hecho.

Rey Eso mismo quiero yo y espero saber con quién.

Finea. Con el Conde Federico.

Conde ¿¿Conmigo??

Rey ¿Vos con el Conde?

Finea ¿Esto os causa admiración?

Rey ¡No se acaban los enredos del Conde!

Conde ¡¡Sólo me falta para rematar el seso que me casen con un hombre!!

Finea No puedo ser hombre, que si lo fuera no tratara casamiento contigo; que me has costado, Conde, trabajos inmensos desde el día que te vi. Siguiendo tus pasos con loco amor, he puesto en gran confusión al Rey, a Alberto, a Florela y a ti. Pero el Rey y Alberto y Florela sepan hoy que, aunque me has visto y estoy sirviendo a tu persona, nunca supiste que, en efecto, soy Finea; que de aqueste atrevimiento le pido perdón al Rey, a ti, a Florela y Alberto.

Rey ¿Hay suceso semejante?

Conde ¿Es posible que tú has hecho tanto mal a mi inocencia?

Rey Federico, ya no es tiempo de examinar al amor, de quien Latinos y Griegos han escrito tantas cosas.

Florela Conozco su poder inmenso; pero ¿es efecto de amor la burla de que me quejo a tu justicia?

Rey Florela y tú, Conde, estadme atentos. Hoy mi voluntad es ley. Quiero que sea Finea mujer del Conde; que es justo premio de sus trabajos. Yo no considero traiciones las industrias del ingenio; mayormente cuando amor ayuda al entendimiento. Todo ha de quedar en paz. Alberto, dale tú la mano a Florela. En lo demás, pongo perpetuo silencio.

Clarín ¿No le dan nada a Clarín?

Finea ¿No basta que satisfecho quedes?

Clarín ¿De qué?

Finea De Fenisa, pues la dejo como estaba.

Conde Aquí, Senado, se acaba la mujer por fuerza, haciendo de la fuerza la voluntad con que deseo serviros.